

VI.

*Triunfo de los enemigos de Colon.—Enviase un nuevo comisario á las Indias occidentales.—Francisco de Bobadilla en Santo Domingo.—Colon es prisionero y conducido á bordo de un navio.—Sentencia de muerte pronunciada contra los tres hermanos.—Colon conserva sus grillos aunque el capitan de la nave se ofrece á quitárselos.—Su respuesta al capitan.—Indignacion general en España contra Bobadilla.—Colon y sus hermanos son puestos en libertad por orden del rey.—Presentase á Fernando é Isabel.—Destitucion de Bobadilla.—Orando es nombrado gobernador de las Indias occidentales.—Abolicion de la esclavitud.—Nuevo viaje de Colon.—Las primeras almendras de cacao.—La costa de las Orejas.—El cabo de Gracias á Dios.—El secretario tenido por hechicero.—Tortuga viva en el cuerpo de un tiburon.—Las casas en el aire.—Minas de oro de Veragua.—Pesca de las sardinas.—El cacique Quibio, su cautiverio y huida.—Hostilidades.—Resolucion de Mendez y de Fieski.*

COLON habia logrado con su moderacion y sábia conducta apaciguar la rebelion de la isla Española; pero la tranquilidad tan difícilmente restablecida,

véiase amenazada á cada instante por el descontento de algunos ambiciosos y por sus sordas murmuraciones, síntoma de nuevos desórdenes. Roldan, cuya sumision era aparente se hallaba siempre á la cabeza de los discolos, y fiel á su odio y á su sistema de calumnia contra el almirante, empleaba todos los medios conducentes á presentarle como sospechoso y aun hacerle aborrecible á la corte de España. Su indulgencia, que se interpretaba como debilidad, habia comprometido su autoridad en la isla, donde no era respetada ni obedecida. Viéndose precisado á reprimir frecuentes insurrecciones, no tenia tiempo para dirigir á la corte de España memorias justificativas de su conducta, ni para continuar la ejecucion de sus proyectos de nuevos descubrimientos.

Entre tanto que agotaba sus fuerzas por sostener el orden en la colonia, estableciendo una administracion regular, y mientras esplotaba minas que prometian ricos productos á la codicia de sus compañeros, sobre todo á las exigencias de la corte de España, sus enemigos cada vez mas encarnizados, obtenian al fin un triunfo completo y Colon iba á ser víctima de las mas odiosas maquinaciones y la mas negra ingratitud.

Muchos españoles habian acudido al nuevo mundo, creyendo encontrar tesoros y no habian traído á su patria mas que desesperacion. Engañados en sus esperanzas, acusaban á Colon como causa de sus males, difundiendo por toda España sus denuestos é



inectivas contra él. Cubiertos de andrajos, pálidos y mostrando en sus rostros enflaquecidos por las privaciones, las señales de sus largos padecimientos, provocaban y escitaban en su favor la caridad pública, enterneciendo á la multitud, siempre dispuesta á creer sus palabras. Cuando los reyes se presentaban en público, se veían rodeados por estos infelices, que ostentando á su vista el espectáculo de miseria, imploraban la justicia de Fernando y de Isabel contra el único autor de su infortunio, contra Colon.

Estas escenas teatrales, cuyo efecto era seguro, habian sido dispuestas y combinadas por los enemigos mas poderosos del almirante. No debe, pues, causar admiracion el que Fernando, naturalmente suspicaz y desconfiado, creyese á Colon culpable, y que la reina Isabel le retirase su marcada proteccion. Nadie se presentó á defenderle y fué condenado sin oír sus descargos.

Decidióse que pasara á las Indias occidentales un comisario encargado de averiguar cuidadosamente la conducta del almirante, y con el desmesurado poder de destituirle, si juzgaba esta conducta reprehensible, debiendo en este caso reemplazarle en el gobierno de la isla Española. El hombre á quien Fernando confió esta mision, le habia sido eficazmente recomendado por los enemigos del almirante y se llamaba Francisco de Bobadilla. Muy difícil era que la inocencia de Colon no sucumbiese á impulsos de una trama tan bien urdida.

En el momento en que este comisario español, el mas terrible de cuantos enemigos habia encontrado el almirante en su gloriosa carrera, llegó á la Española, Colon habia, como ya queda dicho, pacificado la isla. Las minas se utilizaban por sus desvelos, y el fomento que habia dado á la agricultura correspondia á sus esfuerzos con productos que prometian á la colonia un nuevo manantial de riquezas. Nunca la situacion de la isla habia sido tan favorable para su justificacion; pero su condena estaba resuelta y nada podia apartar de su cabeza el golpe que le amenazaba.

La ejecucion de algunas providencias tenia ocupado á Colon en parajes distantes de la isla: parece que la justicia y la equidad imponian á su juez la obligacion de esperar el regreso del almirante, antes de entablar contra él un odioso procedimiento; ¿pero qué importaban la justicia y la equidad á un hombre como Bobadilla? ¿qué consideraciones podian detenerle? Ambicionaba el puesto de Colon, y para conseguirle, claro está que habia de condenar al que le ocupaba: no habia venido él á la colonia para escuchar una justificacion que podia desbaratar los cálculos de su odio y su ambicion.

Apenas puso los piés en la isla, se hizo conducir á la casa del almirante; se instaló en ella, declarando que desde aquel instante le pertenecia, y se apoderó de cuanto en ella encontró. Despues anunció públicamente que habia sido enviado á la colonia para destruir al gobernador, é invitó á todos los



que tuvieren quejas de él, para que se presentasen ante el comisario del monarca á obtener buena y pronta justicia. Por último, soltó á todos los que estaban presos por orden del gobernador.

Bien pronto, por un refinamiento de esta infame conducta, Bobadilla citó á Colon por medio de un alguacil, para que compareciese inmediatamente en su tribunal á dar cuenta de su conducta; enviábale al mismo tiempo una carta del rey en la que le ordenaba someterse á las disposiciones del enviado extraordinario.

Colon se hallaba rodeado de una tropa leal y tenía consigo á su hermano Bartolomé: podia contar con muchos y poderosos auxiliares para responder victoriosamente con espada en mano á la insolente intimacion de su juez; pero le ataba las manos el juramento de obediencia que habia prestado á sus reyes, del que no se creia dispensado, ni aun entonces que autorizaban la mas odiosa iniquidad y le entregaban á merced de un Bobadilla. Obedeció por tanto, presentándose sin titubear en Santo Domingo, y resignado á la suerte que le espera, sufrirá la sentencia que pronuncien.

Llega, pide presentarse á Bobadilla; pero éste no quiere verle ni escucharle. "Que le pongan unos grillos, esclama, y le lleven á una prision." Esta órden bárbara es ejecutada, y Colon aherrojado es conducido á bordo de un navio.

¿Cómo no enternecerse é indignarse á la vez á vista de una escena semejante, al aspecto de un

grande hombre, de Colon, tratado como un vil criminal? Sobre la misma tierra que él ha descubierto, al frente de su propia casa, á vista de gentes que le deben respeto y obediencia como á un superior, es donde sufre estas humillaciones; y el hombre infame que despues de haberle arrebatado sus bienes pretende quitarle tambien el honor, le arroja de su casa sin dignarse siquiera concederle una triste mirada: le hace cargar de cadenas, á pesar de su conciencia, y despide vergonzosamente del país que ha dado á la España, con peligro de su vida, y dando á su rey mil pruebas de lealtad, valor y desinterés! Mas cuánto resplandece su inocencia, en la serenidad heroica, en la resignacion con que acepta su desgracia y sufre los ultrajes de que le colman! Se deja encadenar sin resistencia, sigue, sin despegar sus labios y sin manifestar estrañeza, á los soldados que le conducen al buque donde ha de volver á España, expuesto en todas partes á la insultante mofa de los cómplices de Bobadilla!

No estaba aun satisfecho el furor de este hombre; necesitaba, reclamaba otras dos víctimas: los dos hermanos de Colon fueron tambien cargados de cadenas y conducidos á un navio particular. Fórmase causa á los tres hermanos y Bobadilla los sentencia á muerte, sin seguir los trámites de justicia; pero retrocede y se estremeció ante la ejecucion de tan horrible sentencia: figúrasele que algun dia podrán pedirle cuenta de aquella sangre tan noble y tan pura que ansía verter sobre un cadalso. Confía sin



embargo en que su pariente el obispo de Badajoz, enemigo declarado de Colon, consentirá el que se ejecute la sentencia, y un navío va á trasportar los prisioneros á España con el proceso en que el juez habia violado tan descaradamente todas las leyes y todos los principios de justicia y humanidad.

Apenas se hicieron á la vela los navíos en que iban Colon y sus hermanos, el capitán lleno de respeto y compasión á su ilustre preso, se llegó á él para quitarle los grillos. "Vuestro preso, dijo el almirante, debe seguir conforme se os ha confiado: estos grillos que quereis quitarme, los llevo puestos de orden de mis soberanos; solo ellos tienen poder de mandármelos quitar, y yo me quedo con ellos para probarles mi completa obediencia." Siguió, pues, con los grillos hasta llegar á España.

Bobadilla queriendo quitar á los presos todos los medios de acudir ó apelar á la justicia de la reina Isabel, habia prevenido que fuesen entregados al obispo de Badajoz; pero un piloto llamado Martin, compadecido de las desgracias del almirante, pudo desde el navío partir á la capital, y entregar á la reina una carta de Colon, en que la informaba de cuanto habia sucedido en la isla Española, y del modo que tenían de abusar de su nombre y de la autoridad confiada á un malvado. (1)

(1) Alonso de Vallejo y Andrés Martin fueron los capitanes de las dos naves en que venían embarcados Colon y sus hermanos, los que se ofrecieron á quitarles los

Al saber que Colon habia llegado á España, al leer los pormenores del horrible trato que le habian hecho sufrir, la reina Isabel fué dolorosamente sorprendida, porque en la corte estaban muy distantes de suponer que Bobadilla pudiera abandonarse á tales excesos. Estas violencias con un hombre de mérito superior, y que habia tan bien merecido de la monarquía española, fueron altamente vituperadas por Fernando y su esposa, quienes precaviendo el escándalo que este suceso habia de causar en Europa, enviaron al instante un correo con orden de que en el acto se pusiese en libertad á Colon y á sus hermanos. Despues el almirante fué llamado á la corte por medio de una afectuosa invitacion de la reina, y se le entregó el dinero necesario para que pudiera presentarse con el decoro suficiente y conforme á su rango.

Apenas entró en la sala donde el rey y la reina le esperaban, se arrojó á sus piés; su emocion era tan fuerte y tan profunda que no pudo hablar, pues le habia privado en cierto modo del uso de la palabra. En fin, repuesto de su turbacion y seguro de su inocencia, pronunció con voz firme un largo discurso, justificándose de las calumnias de que era víctima. Sus palabras convencieron á Fernando é Isa-

grillos, y los que apenas llegaron á España, dispusieron enviar á la corte persona de toda su confianza para entregar las cartas de Colon antes de que llegasen las de Bobadilla. (Nota del traductor.)



bel de que les habian engañado indignamente acerca de la conducta de Colon. Manifestaron sinceramente su pesadumbre al almirante, le hicieron nuevas protestas de su gratitud, y para probarle lo dispuestos que estaban á reparar los perjuicios de que podia quejarse, destituyeron á Bobadilla.

A pesar de todo, su sagaz política les hizo temer el resentimiento de un hombre cuyo mérito habian desconocido y cuyos eminentes servicios habia tan mal recompensado, y creyeron que seria peligroso conservarle en el desempeño de unas funciones que le proporcionaban tan fácil venganza. En consecuencia, el almirante fué retenido en la corte bajo pretextos imaginados para lisonjear su amor propio, pero que no le engañaban, y don Nicolás de Ovando fué nombrado gobernador de las Indias occidentales.

En vano Colon hizo valer los solemnes tratados que le garantizaban este gobierno durante su vida y se le aseguraban perpetuamente á su familia; en vano reclamó contra la nueva y patente injusticia, que le destituia de su empleo, como un administrador culpable, despues que el gobierno habia reconocido y proclamado su inocencia: estas quejas no fueron escuchadas, y Ovando siguió con el gobierno de las Indias occidentales.

Resentido de la desleal conducta del gobierno español, Colon no fué dueño de contener ya su indignación, manifestándola en sus amargas quejas y reconvenciones contra la corte de España. Desde

entonces llevó siempre consigo los grillos con que le habian aprisionado, los enseñaba en todas partes como un testimonio de la ingratitud con que habian pagado sus servicios, los tenia siempre á la vista, y aun mandó que despues de su muerte los enterrasen con él.

Mientras que el almirante, sacrificado á una política ingrata y suspicaz, se desahogaba en inútiles quejas, Ovando se disponia para ir á ocupar el importante puesto á que el rey le habia elevado. La flota puesta á sus órdenes, era la mas considerable de cuantas el gobierno español habia enviado hasta entonces á las Indias occidentales. Constaba de treinta y dos velas, y tenia á bordo dos mil quinientos hombres, cuya mayor parte iba á establecerse en la isla Española.

Ovando partió al frente de esta grande expedición, dejando á Cristóbal Colon paralizado de improviso en su noble carrera y con el sentimiento de ver que otro iba á arrebatarse el fruto de sus trabajos. La llegada del nuevo gobernador á la isla Española preservó á la colonia de su ruina total. Las locuras é injusticias de Bobadilla la habian puesto en situacion muy crítica: reinaba un desórden espantoso á consecuencia del sistema adoptado por aquel hombre, para conservar el poder que habia usurpado á costa de un delito. Ansioso de captarse el favor de la plebe, que era su principal apoyo, habia anulado los sábios reglamentos establecidos por Colon, autorizando así todos los ex-



cesos de la licencia, bajo el nombre de una libertad de que solo los españoles podían gozar.

Su predecesor había considerado como uno de sus principales deberes el proteger á los infelices indios contra el mal trato de los españoles; sus disposiciones paternales, sus ordenanzas dictadas por la humanidad, habían evitado la opresión que amenazaba á los indígenas; pero Bobadilla hizo tan poco caso de los indios, que gracias á él los españoles pudieron ser crueles impunemente. Hizo el censo de la población y distribuyó los habitantes en calidad de esclavos entre todos sus partidarios, cuya codicia pensaba satisfacer con este favor. Estos obligaron á los indios á trabajar en las minas, recurriendo al castigo para que se sujetasen á un trabajo penoso que excedía sus fuerzas, y del que algunos eran víctimas. Ovando llegó muy á tiempo antes que las minas se convirtiesen en sepulcro de la población indígena.

Lo primero que hizo el nuevo gobernador así que llegó á la isla Española, fué destituir á Bobadilla, enviarle juntamente con Roldán á España, para que diesen cuenta de su conducta. Después en virtud de las órdenes de Fernando, abolió la esclavitud y proclamó la libertad de los indios, que tuvieron por fin garantías contra la violencia. La excesiva codicia de los españoles fué reprimida con otras leyes, y el nuevo gobernador, al permitirles la explotación de las minas, les impuso la condición de que habían de reservar una parte del beneficio para el rey, como soberano de la isla.

En cuanto á Colón, preciso es figurarse á este grande hombre abatido con tantas pesadumbres; mas siempre con la esperanza de que á fuerza de reclamaciones, haría que aquella corte ingrata se arrepintiese de su conducta desleal. Con la fuerza que le daba su derecho, fundado en solemnes convenios, no pedía gracia, sino justicia. Manifiesta sin cesar, ostenta el contrato autorizado con la firma del rey, aquel contrato en virtud del cual debe ser virrey de las tierras que descubra; pero sus enemigos responden á sus quejas y á la ostentación de sus derechos y sus títulos con el ultraje de un desdeñoso silencio.

Colón no quería condenarse á un solitario retiro, donde no presenciase el triunfo de la envidia y de la bajeza. Meditando la ejecución de nuevos proyectos, la muerte le parecía preferible al reposo. Tal vez se le ocurrió por algunos momentos el ofrecer sus servicios á otro soberano; pero las otras cortes ¿valían más que la de España? Bien sabía él por experiencia cómo responder á esta pregunta.

En su último viaje, se creyó á lo primero que la costa que había descubierto era una parte de la India, que suponía llegaba hasta allí; pero desengañado de su error por diversas circunstancias y sobre todo por sus propias observaciones, estaba ya casi convencido de que aquella costa pertenecía á un nuevo continente. Esta opinión le hacía presumir que entre este continente y la India pudiera haber un estenso mar, y que si hacía el istmo de Darién,



el mar Atlántico comunicase con este océano desconocido, se podría pasar por este estrecho á la India.

En concepto del almirante, era de alta importancia el asegurarse de si este estrecho existía, porque en este caso se ahorrarian muchos rodeos y dilaciones á los navíos que yendo de España á la India atravesando la América, no tendrían que seguir el camino al rededor del Africa, descubierto por Vasco de Gama. Cruelmente ofendido se hallaba Colon por la corte de España, y sin embargo, olvidó las injusticias y humillaciones que le habían hecho sufrir: haciendo al universo, á quien aun quería ser útil, el generoso sacrificio de su justo resentimiento, se determinó á arrostrar los peligros de un nuevo viaje, y á esponer su vejez á las contingencias de una remota expedición.

El proyecto del almirante fué bien recibido en la corte, porque proporcionaba la ocasion y el medio de alejar á un hombre cuya presencia era un estorbo. Fernando é Isabel creían satisfacer á Colon con esta nueva empresa, y atendida su habilidad, esperaban de ella los mas felices resultados. Por esto se apresuraron á mandar se equipase una escuadra para ponerla á sus órdenes.

Cuatro miserables navíos componían esta escuadra, y todavía la mayor de estas embarcaciones no llegaba á la mitad del porte de un buque mercante ordinario. Tales eran las fuerzas que ponían á disposicion de Colon para una empresa de tanta importancia; con una escuadra semejante debía lan-

zarse á un mar remoto, desconocido, y hallar un camino por donde el gobierno español esperaba apropiarse de las riquezas de la India, quitando á los portugueses las ventajas inmensas de su monopolio.

Aquí principalmente es donde hay que admirar la intrepidez de Colon: otro que él hubiera retrocedido con espanto al ver las dificultades de una empresa que tan escasos recursos contaba, á vista de los peligros de una expedición en tan mezquinas embarcaciones. Entusiasmado con el recuerdo de su primer viaje, rejuvenecido en cierto modo con la esperanza de nueva gloria, no titubeó un instante en embarcarse. Llevaba consigo á su hermano Bartolomé y á su hijo primogénito, de edad de trece años, que debía ser algun día quien escribiese su vida.

Colon se hizo á la vela desde Cádiz el 11 de mayo de 1502, diez años despues de su primera expedición. Se dirigió segun su costumbre á las Canarias, sin mas obstáculo que la marcha lenta de la mayor de sus naves. Se dirigió hácia Santo Domingo para cambiarla por otra, y apenas estuvo á la altura de la isla, hizo saber á Ovando el motivo de su llegada, pidiéndole permiso de entrar en el puerto, que le fué negado por el gobernador. Colon como experimentado marino, conocía por indicios seguros que iba á estallar un terrible huracan; por lo tanto suplicó á Ovando que le permitiese guarecerse en el puerto, mientras pasaba la tormenta. Disponíase el gobernador por entonces á en-



viar á España una flota considerable, y Colon creyó que debía advertirle el peligro que corría si no dilataba su partida por algunos días más.

Ovando fué inflexible; menospreció el aviso de Colon, burlándose de su pronóstico, que miraba como un desvario ó un cálculo de mala fe. Volvióse á prohibir la entrada del puerto á la escuadra del almirante, y la gran flota equipada por Ovando se hizo á la vela para España; pero los acontecimientos justificaron bien la prevision del almirante.

Colon preparado contra el huracan, preservó á sus navíos del naufragio con sus sábias precauciones; pero la rica flota que se habia hecho á la vela para España, pereció casi toda; de las diez y ocho embarcaciones de que se componia, solo tres se salvaron. Bobadilla y Roldan, que se habian embarcado en esta flota, recibieron el castigo de su odiosa conducta contra Colon, yéndose á pique con todas las riquezas, fruto de sus rapiñas en la isla Española. Ocurrió una circunstancia muy notable en este naufragio: habian colocado los restos de los bienes de Colon en el peor navío de la flota, y este fué el que menos padeció y el único que pudo continuar su rumbo á España, porque los otros dos tuvieron que volverse á Santo Domingo á causa de sus considerables averías. Hubo espíritus supersticiosos, que lejos de ver en esta circunstancia un efecto de la justicia divina, creyeron que Colon era un hechicero y que con la ayuda de sortilegios y el concurso de espíritus poderosos dóciles á sus órde-

nes habia escitado aquella tempestad para vengarse de sus enemigos. Así es como explicaban la conservacion del navío que llevaba los bienes del almirante.

Indignado contra el implacable gobernador de la isla, donde hasta le rehusaron un refugio para escapar de una horrible tempestad, Colon se hizo á la vela al Oeste y hácia el continente con sus buques que habian padecido alguna cosa.

En este viaje corrió muchos peligros y abordó por fin á una isla llamada Guanaja, situada á corta distancia del continente por la parte de Honduras. Apenas ancló, tuvo buen cuidado de enviar á reconocer aquella tierra. Dió esta comision á su hermano Bartolomé, que al llegar á la costa acompañado de otros hombres, se encontró una barca india, construida con mejor arte que las canoas de los salvajes. En medio de esta barca, muy larga y de ocho piés de ancho, se elevaba un cobertizo de hojas de palmera, que recordaba el de las góndolas de algunos países de Europa; bajo este techo habia muchas mujeres y niños y se contaban además en la barca veinticinco hombres.

Quisieron alejarse de los españoles; mas al ver que estos les daban caza, se rindieron sin hacer uso de sus armas. Se procedió á registrar la embarcacion y se hallaron colchones, camisas sin mangas, de hilo de algodón, y otros vestidos; tambien las telas de que las mujeres se servian como de mantas, grandes espadas de maderas cuyo doble filo estaba



formado por pedernales, sujetos en una juntura con hilo y resina, hechas de cobre, y otros utensilios del mismo metal. Estos salvajes estaban desnudos, á escepcion del medio del cuerpo, cubierto con una tela de algodón. Sus alimentos eran casi los mismos que usaban los naturales de la isla Española, solo que su bebida habitual consistia en una especie de cerbeza, hecha con maíz cocido. Se halló tambien en la barca una corta cantidad de almendras de cacao, las que los indios tenian en mucha estima, porque les servian de moneda: estas fueron las primeras almendras de este género vistas por los europeos.

Colon muy satisfecho por un encuentro que podría proporcionarle las noticias que le eran tan necesarias, encargó á sus compañeros que tratasen á los indios con el mayor miramiento, á fin de atraerlos y ganarse su amistad. Cambió con ellos algunas mercaderías, y cuando hubieron respondido á las importantes preguntas que les hizo, les restituyó su gran canoa, concediéndoles permiso de ir donde quisiesen. El almirante se quedó con un viejo, dotado al parecer de una inteligencia superior á la de los demás indios, sin que este anciano manifestase sorpresa ni perplejidad por verse prisionero á bordo. Colon le destinaba á servir de intérprete y medianero en sus relaciones con los salvajes.

Gracias á las indicaciones de este indio, que se espresaba por signos, Colon supo que en una vasta comarca situada al Oeste habia mucho oro; que los

habitantes llevaban en la cabeza coronas de este metal y gruesos anillos tambien de oro en los brazos y piernas, y que guarnecian de oro las mesas, las sillas y los cofres. Habiéndole presentado al indio corales, especias y otras producciones, aseguró que tambien abundaban en aquel fértil país. El anciano queria sin duda significar el territorio de Méjico. La perspectiva de tantas riquezas escitaba fuertemente la codicia de los compañeros de Colon, que pedian con vivas instancias ser conducidos á un país que tanto les ponderaban; pero el almirante, subyugado por el deseo de lograr el objeto de su viaje, resistió á los ruegos de la tripulacion, y sordo á sus murmuraciones, siguió el rumbo al Este costeando la Tierra Firme.

Se dirigió de la costa de Honduras hácia el Este, esperando encontrar el estrecho, que segun las aserciones de los salvajes, debia hallarse hácia aquel paraje; pero unos y otros se engañaban. Los indios habian tenido por un itsmo el estrecho que Colon les dibujaba y le habian enviado al Dar en.

Siguiendo la espedicion su camino á lo largo de las costas, encontró hombres mas salvajes que los que se habian visto hasta entonces y cuyo género de vida era muy diferente. Estaban enteramente desnudos, comian la carne y pescados crudos sin ninguna especie de condimento. Sus orejas, estiradas con los objetos que de ellas colgaban, les caian casi hasta los hombros; todo su cuerpo ofrecia una estraña variedad de figuras de animales, como leo-



nes, ciervos y otras especies trazadas con ayuda del fuego. Los personajes mas importantes entre aquellos indígenas se distinguian por sus gorros azules ó encarnados de tela de algodón. Unos se pintaban el rostro de negro, otros de encarnado, otros con rayas de varios colores, y habia tambien algunos que solo se pintaban los labios, las narices y los ojos. Tenian en las orejas unos agujeros tan grandes que podia pasar por ellos un huevo de gallina. Esto es lo que determinó á Colon á dar á este país el nombre de *Costa de las Orejas*.

Continuando su rumbo, aunque con lentitud, porque los vientos contrarios y las corrientes retardaban su marcha, llegó á un promontorio que daba vuelta hácia el Sud, siendo favorecido para seguir en esta direccion por el mismo viento contra el que habia luchado por tanto tiempo. Puso á este promontorio el nombre de *Gracias á Dios*, como un testimonio de su agradecimiento á la Providencia que le habia concedido este nuevo beneficio.

Fondeó pocos dias despues en otro paraje, y en el momento en que los españoles se preparaban á bajar á tierra, vinieron los salvajes armados y en sus canoas para oponerse al desembarco; mas cuando conocieron que los españoles no tenian intenciones hostiles, se acercaron sin desconfianza y quisieron venderles sus géneros, que consistian en armas de toda clase, como mazas, ballestas, bastones de madera negra y dura, cuya extremidad presentaba una punta muy aguda, formada con una espina de

pescado, chalecos de algodón y pedacitos de oro de bajo color con que adornaban su cuello.

El almirante les distribuyó bagatelas de Europa, en cambio de las cuales nada quiso tomar; cosa que desagradó mucho á los indios. Instaron entonces á los españoles para que bajasen á tierra; pero viendo que se resistian á sus instancias, creyeron que se desconfiaba de ellos, y para evitarlo enviaron á los españoles un anciano de figura venerable. Llevaba un estandarte, sin duda como signo de paz, y le acompañaban dos jovencitas con el cuello guarnecido de placas de oro. Pidió ser presentado al almirante, que recibió con su habitual bondad al anciano y á las dos jóvenes. Despues que les dieron de comer y les regalaron vestidos europeos, los enviaron á tierra, muy satisfechos del recibimiento que les habian hecho los españoles.

Al dia siguiente, el hermano de Colon bajó á tierra y se quedó sorprendido al encontrar en la costa los objetos que se habian regalado á los indios. Creyóse que esto seria por efecto de la delicadeza de los indios, que no querian recibir regalos á que ellos no correspondiesen. En el momento en que el hermano de Colon desembarcó, fué recibido por dos jefes indios que le abrazaron, invitándole á sentarse junto á ellos en la yerba. Condescendió Bartolomé, para hacerles diversas preguntas por medio del intérprete indio, y su secretario se preparó á escribir las respuestas. Mas apenas los salvajes vieron la pluma, el papel y el tintero, se levantaron